

RELATOS DE VIAJEROS INGLESES POR ESPAÑA Y PORTUGAL. SU VISIÓN SOBRE NUESTRAS COSTUMBRES Y TRADICIONES.

M.^a Teresa Corchado Pascasio
Universidad de Extremadura

'Allí vi a muchas parejas, algunos sentados en los bancos, otros paseando de arriba a abajo, todos hablando, todos abrazándose, todos disfrutando del aire fresco de la noche'.

Estas palabras, escritas por Joseph Baretti en Aldeagallega, un pequeño pueblo cerca de Elvas, en su camino hacia España, podrían dar al lector una impresión falsa de los escritos de aquellos viajeros británicos que de manera tan audaz se atrevieron a visitar España y Portugal en los siglos XVII y XVIII. Desgraciadamente esa imagen bucólica de la Península Ibérica no existía en aquella época. Baretti, que escribió *A Journey from London to Genoa Through Portugal, Spain and France*, desembarca en Lisboa en 1760, sólo cinco años después del Gran Terremoto que destruyó prácticamente toda la ciudad. A primera vista, describe lo poco que queda con mucho entusiasmo. Los edificios parecen ser de noble construcción, todos blancos por fuera y desde el río dan una bonita imagen (pp.80-1). Desgraciadamente pronto cambia de opinión al observar la ciudad con más detalle:

Ahora que he visitado las ruinas de Lisboa con más tiempo, una terrible e imborrable imagen ha quedado en mi mente. No hay palabras que puedan describir tal escena de desolación. No hay palabras, al menos, que yo pueda articular, y solo verlo con los propios ojos puede dar una idea adecuada de la calamidad que esta ciudad ha sufrido desde el inolvidable terremoto (p. 96).

En su camino hacia España, Baretti tiene la oportunidad de conocer a los portugueses mejor, y no puede evitar hacer comparaciones con los ingleses. Señala, por ejemplo, el carácter agradable de los portugueses, que según él, se debe a un clima cálido y a la necesidad de tener pocas cosas para vivir. Baretti señala algunas de estas diferencias. Por ejemplo, cuando se trata de devoción religiosa dice

Veamos a los ingleses en la iglesia. Se sientan o están de pie con una mirada serena. Cantan sus salmos con un monótono tono de voz y ninguno revela el más mínimo entusiasmo.

(...). Los portugueses, por el contrario, cuando están en la iglesia muestran un elevado grado de devoción. Están casi todo el tiempo de rodillas, levantan sus ojos, juntan sus manos, cantan muy alto o hacen exclamaciones con mucho sentimiento y a menudo se golpean el pecho con la mano (p. 206).

Desde Elvas Baretto cruza el río Guadiana para entrar en Badajoz, la primera ciudad de España, y dice:

Portugal al fin queda detrás de mí, y los caleseros me han asegurado que ahora viajar será mucho mejor. No más «estallages» en España, sino posadas. Se acabó dormir en el suelo sobre esterillas y paja, ahora dormiremos en *camas altas* rellenas de algodón, y *sábanas limpias cada noche, si usted quiere*; (251).

Aunque cuando Baretto llega a la Posada de Santa Lucía en Badajoz comprueba que no es mucho mejor que un «Estallage» portugués (253-4):

Aquí, como en Portugal, las ventanas no tienen cristales, sino solamente postigos que no dejan entrar la luz, si queremos evitar que entren la lluvia, el aire o el frío. (...) Aquí las sillas se tambalean, las mesas están grasientas, exactamente igual que en los «estallages». Pero las Camas altas es algo que aquellos establecimientos no tienen (254).

Lo que más atrae a Baretto no es la belleza del paisaje o las costumbres de la gente, sino el retraso que observa por todas partes. No oculta su sorpresa al ver la pobreza extrema de la gente con la que se encuentra. Pobreza que se evidencia en los harapos que visten y en la frugalidad de su comida, porque, como Baretto dice, es verdad que necesitan muy poco para satisfacer su alma y su cuerpo; sin duda son la gente más moderada de la tierra (295).

Pero lo que más le exaspera es la mendicidad o, como él la llama, «the trade of pedir por Dios»:

Tan pronto llegas a algún lugar en Extremadura se te acerca un mendigo con un cepillo, arrastrándose con mucha dificultad para pedirte una limosnita por las almas. El número de aquellos que no tienen otro oficio que el de pedir por Dios es demasiado elevado en esta región ya que creen que no sólo es meritorio sino conveniente. Sin embargo, en vez de atormentar a los vivos por el descanso de los muertos deberían hacer más por ellos mismos (297).

En su camino hacia Navalmoral, cerca de Almaraz, se para en una posada para descansar y por supuesto degustar el vino que sus caleseros le han recomendado muy efusivamente. Le sorprende que los frailes del convento de los dominicos no sólo sean los propietarios de la posada sino que además sean los que atienden a los clientes:

«Si hubiera visto frailes en Italia regentando una posada con hermosas muchachas como sirvientes, me pregunto si tendría la buena opinión que tengo de su observancia de los votos. Llevemos el hábito que llevemos, todos somos frágiles, y se requiere mucha santidad para resistir tales tentaciones» (301).

En Navalmoral se acerca a ver la iglesia y hace referencia a la costumbre que tienen las viudas de rezar en la iglesia por las almas de sus esposos, con velas y cubiertas con velos negros:

No sé si el número de velas indica el número de maridos. Algunas tienen una, dos, tres y hasta siete. Tal vez sólo indican su mayor o menor grado de devoción o afecto (302).

Las opiniones de Baretta contrastan con las observaciones y juicios de escritores como Croker, Dalrymple o un Oficial inglés, para quienes la indolencia natural de los portugueses y españoles es más la causa de nuestras desgracias que la consecuencia.

Croker llega a España en 1780. Es domingo y en el Puerto de Santa María se celebra una corrida de toros. Este festejo le da a Croker la oportunidad de decir en su *Travels through Several Provinces of Spain and Portugal* que «estas manifestaciones pueden considerarse vergonzosas para los españoles, que son una nación educada e inteligente» (p.76). Admite que ese acoso a los toros por parte de los perros es común en algunos condados del oeste de Inglaterra, pero rápidamente añade que «hay que recordar que en España acuden a estos juegos los más educados y los mejor formados – en Inglaterra acude sólo la chusma» (p.86).

Los viajeros ingleses acostumbran a comparar continuamente en sus relatos su país con los pequeños pueblos por los que pasan. Pero lo que no tienen en cuenta es el hecho de que si algún portugués o español hubiera recorrido el norte de Inglaterra, por ejemplo, en las mismas fechas, probablemente habrían tenido la misma impresión que tienen los escritores ingleses.

En este sentido, Crocker muestra una mezcla de crítica y elogio cuando habla de los pueblos españoles. Por ejemplo dice que

La ternera es de color caoba; pero como los bueyes no tienen nada más que paja y cebada para alimentarse, la carne está increíblemente dura. La carne de ovino es peor que la de ternera, ambas deben consumirse el mismo día en que se matan, ya que un tiempo tan caluroso no permite guardar nada para el día siguiente (p.98),

Pero al mismo tiempo añade que

La huertas o tierras de cultivo a los pies de la colina donde se encuentra Arcos son fértiles y agradables. El agua se hace llevar a estas tierras sacada de pozos ayudados por burros y vacas. Los árboles y las plantas son de una gran variedad, como los naranjos llenos de fruta y en su esplendor (p.103).

Y por supuesto alaba, «la costumbre de la siesta» (p. 104), aunque añade que «los ingleses, aferrados a sus costumbres en cualquier tipo de clima, comen ternera y beben vino a las tres de la tarde, para asombro de los españoles quien muy sabiamente dicen que no hay ningún animal, excepto un inglés o un perro loco que se expongan a ese calor a esa hora» (p. 105).

Cuando Richard Croker cruza el Guadiana y llega a Villa Real, en la provincial del Alentejo, el pequeño pueblo le parece una «presentación poco halagüeña de Portugal». Aunque en Mertola reciben un mensaje del Gobernador donde se ordena que «estos oficiales sean recibidos y tratados de la manera más amigable y que durante su estancia se les ofrezca alojamiento y ayuda», Croker descubre que el lugar es bastante incómodo:

Descubrimos la posada; creo que la palabra portuguesa para ello es estallage. Era una casa en lamentable estado: había, sin embargo, muchas perdices; y el vino ni blanco ni rojo era malo de calidad (p.246-7).

En su camino a Lisboa, Croker visita Évora, *Libertas Julia*, el nombre clásico. Admite que la ciudad es un «lugar grande», con una muralla con soldados para defenderla, una catedral que es sede del arzobispado y varias iglesias (de hecho Évora era considerada la segunda ciudad en importancia de Portugal en aquella época), pero no puede evitar hacer una crítica. Así dice que «como casi todo en este país», Évora es más famosa por lo que fue que por lo que realmente es» y, sin ninguna duda añade que «no hay ningún desarrollo en la provincia del Alentejo, ni nada que se le parezca; todo parece deteriorarse rápidamente, y pasar de mal a peor» (p.264).

Sin embargo, cuando llega a Lisboa, cambia de opinión porque la ciudad le da una buena impresión:

La ciudad ofrece una vista impresionante desde el río, y desde el otro lado, se ven pueblos, casas de campo y jardines llenos de árboles (268).

Pero normalmente las cosas buenas se mezclan con las malas. De este modo, Croker habla de «inmensos montones de basura», «restos de los edificios que fueron destruidos en aquel día de infausto recuerdo para Portugal (el terremoto), junto con la abundancia y variedad de productos que se pueden encontrar en los mercados de Lisboa.

William Dalrymple llega a España en 1774 a través de Andalucía y por supuesto tiene que enfrentarse a las posadas de Gaucín y Ronda donde se encuentra poco cómodo. Le pregunta a la Posadera si hay algo mejor y nuestra buena señora le contesta que si no le gusta lo que hay, que puede buscar otro lugar (p. 4). Dalrymple explica la situación de las posadas:

Es costumbre, en general, que los huéspedes se provean de todo, excepto paja para su ganado. El posadero podrá preparar la carne u ofrecer los utensilios necesarios para hacerlo, y ambas cosas tienen estipuladas un precio. En todas las posadas que he estado, los propietarios creen que tenemos que estarles agradecidos por permitirnos que gastemos nuestro dinero en su casa; no nos proporcionan nada y si nos ven un poco perdidos nos presentarán al final una abultada cuenta, haciéndonos creer que es nuestra obligación pagarles (p. 11).

Desde el sur Dalrymple va a Madrid y después al norte de España. Al viajar de esta manera tiene la oportunidad de comprobar la situación del país, y así dice que «el agua es mala y esto junto con el calor y la pobreza de los habitantes les da un aspecto horroroso» (p. 31).

Valença, «que es la ciudad fronteriza del norte de Portugal aparece bellamente situada a orillas del río Miño» (p. 118). Sin embargo, estas palabras de elogio contrastan con las siguientes «todo por fuera es agradable, pero por dentro es penoso, cada persona, cada cosa en la ciudad llevan marcado el sello de la pobreza» (p. 118). Pasa por Braga, una ciudad grande y bien construida, donde las calles son amplias, limpias y bien pavimentadas, con muchas montañas alrededor (p. 122).

Como ya hemos dicho anteriormente, las impresiones y opiniones de estos viajeros cambian cuando llegan a ciudades grandes. Lo mismo sucedería si comparáramos Wallasey, en el norte de Inglaterra con Liverpool o Manchester. Cuando Dalrymple llega a Oporto comprueba la importancia que ha tenido la ciudad. Le invitan a ir al Royal Exchange donde saborea la excelente ternera y los pavos rellenos. Aunque sin ningún ápice de vergüenza añade:

Es sorprendente que un país que tiene la mínima pretensión de refinamiento, persista durante tanto tiempo en beber este vino infernal que se manda a los mercados ingleses. En su estado verdadero o genuino está bien, pero para agradar a mis amigos del norte, se les echa tal cantidad de alcohol que puede resultar venenoso y destructivo para quienes lo consuman (p. 126).

Se sorprende al ver que la gente lleva gafas por la calle, una costumbre ridiculizada en España y que se considera «una afectación extranjera», porque como dice, con mucha ironía, «el estudio nunca destruirá los ojos de la gente de este reino porque no le dan ninguna importancia a las letras» (p. 127). Por el contrario, y al ser Dalrymple oficial del Ejército Británico, dice que los portugueses «son muy buenos soldados por su carácter moderado», y añade que «su odio a los españoles, su enemigo común, es un fuerte incentivo para la lucha» (p. 146).

En *Letters from Barbary, France, Spain, Portugal*, escritas por otro oficial británico y publicadas en 1808, se dice que «España es poco conocida» (p.100). El autor da sus razones para una opinión de este tipo:

Esto debe venir más por una carencia de lectores que de escritores, porque según mi investigación, se ha escrito mucho sobre este tema. Puede ser cierto que estos escritores sean menos leídos o conocidos que otros en sus países, que sus escritos no cumplan con sus expectativas, y que esta Península, al estar fuera de las rutas usuales sea menos visitada: pero yo creo que esos viajeros aunque sean pocos, escriben, y aunque el país tal vez no proporciona tanto material como otros, si muchos más vinieran aquí, siempre encontrarían algo nuevo de que hablar (p. 101).

Este viajero llega a España por el norte y su opinión de los gallegos, los primeros españoles con los que se encuentra, es bastante triste:

Los pobres gallegos, vestidos con harapos, son sin embargo, bastante trabajadores, a pesar de su condición de ignorantes y su carácter rudo. Son frugales hasta llegar a un grado de miseria, en especial las mujeres que son las que realizan los trabajos más duros del campo (p.104).

Esta imagen le lleva a decir que «la civilización de casi todos los países debería medirse en el respeto que muestren a la mujer y en el trabajo que se le asigne como parte de la sociedad» (p. 105).

Como muchos viajeros, llega a Portugal desde el norte de España, lo que implica tener otra visión del país, porque, como él mismo dice, «otros, que llegan a Lisboa desde Madrid, al comparar los dos países, otorgan más importancia a España, ya que en su ruta pasan por el Alentejo, una de las zonas más estériles de este reino» (p. 397). Admite que durante el gobierno de Pombal, Portugal empezó a hacer algunos avances y esfuerzos y se consideró más

importante en Europa» (p. 409). Y, como siempre, con mucha prepotencia, añade que «esos adelantos se deben principalmente a su estrecha relación con Inglaterra» (p. 409), y por supuesto, a «su enemistad con España» (p. 409). Continúa diciendo que «se observan signos de mayor industria y riqueza que en España, mejores mercados, granjas, rebaños (...), carpinteros más expertos y otros negocios necesarios: mejor lino, cuero, sombreros, vestidos y limpieza» (p. 397). Pero nos equipara cuando habla de suciedad, sobre todo en las viviendas «son iguales, o más sucios y descuidados, y muestran un grado de indiferencia con respecto a las camas; los portugueses, más que los españoles, están acostumbrados a dormir en cualquier lugar. Para ellos toda la calle es cama» (p. 398).

Como ya saben, hay muchos más viajeros que vienen a España y Portugal: Beckford y Twiss, por ejemplo, que nos da información sobre la nobleza portuguesa, su ejército, su moda, sus costumbres y sobre la inquisición. Cuando Robert Southey cruza la frontera por Badajoz hacia Portugal exclama que por fin ha escapado de España. Semple, sin embargo, que hace el viaje al contrario, cuando entra en Badajoz dice que «por su mercado y por sus calles el extranjero pronto descubre que se encuentra con otra gente», «los rasgos, la manera de vestir, la lengua y los modales, todo anuncia una raza distinta».

En todos estos relatos, sin embargo, no se observa ningún comentario que contribuya a mejorar esta situación. Muy al contrario, se limitan a criticar la pobre imagen de estos países, haciendo alarde, la mayoría de los casos, de una actitud paternalista que muestra, en última instancia, prejuicios inherentes que a menudo les impiden observarnos con objetividad y juzgarnos con imparcialidad.